



## ALBAOLA

Todo empezó la mañana de un jueves del mes de mayo. Hacía sol y la naturaleza estaba despierta después del invierno. Nuestro padre, Jon, estaba encantado al oír el zumbido de las abejas aquí y allá. Decía que la cosecha de miel sería buenísima. Y la ama, Tina, también estaba contenta. La temperatura del mar ya no era tan fría como meses atrás y eso le permitía pasar más tiempo haciendo surf. Además, en su laboratorio habían encontrado la vacuna para alguna enfermedad tropical. ¡Eso sí que es algo para celebrar!

Bueno, que me estoy enrollando...

Lo que quería contaros es que acabábamos de bajar del autobús en Pasaia. Es un pueblo pesquero que el mar divide en dos barrios: San Juan

y San Pedro. Los de un lado siempre están chinchando a los del otro, igual que los de Bilbao y Donostia. Pero es de broma, o eso espero.

—¿Y qué tiene que ver esto con las ballenas? —preguntó Aimar.

—Espera y lo sabrás. No seas impaciente.

Era Jaione quien hablaba. ¿Os he dicho ya que es la mejor profesora del mundo? Es un poco refunfuñona, pero es porque le hacemos enfadar. Tendríais que oírla tocando con su grupo de rock. Dentro de unas semanas actúan en Atxondo, en las fiestas de San Pedro. Estamos deseando que llegue el día para hacer una buena parranda en nuestro pueblo.

—¿Hay que andar mucho?

No sé quién lo preguntó, Sara seguramente. Tampoco importa, siempre que vamos de excursión hay alguien que lo pregunta.

—No, el astillero Albaola está un poco más adelante, donde terminan las casas.

—Eso suena muy lejos —protestó Erik.

—No, San Pedro es pequeño. En cinco minutos estaremos allí —dijo Jaione.

No sé por qué tenían tanta prisa por llegar. A mí me gustaba ese paseo por los muelles.

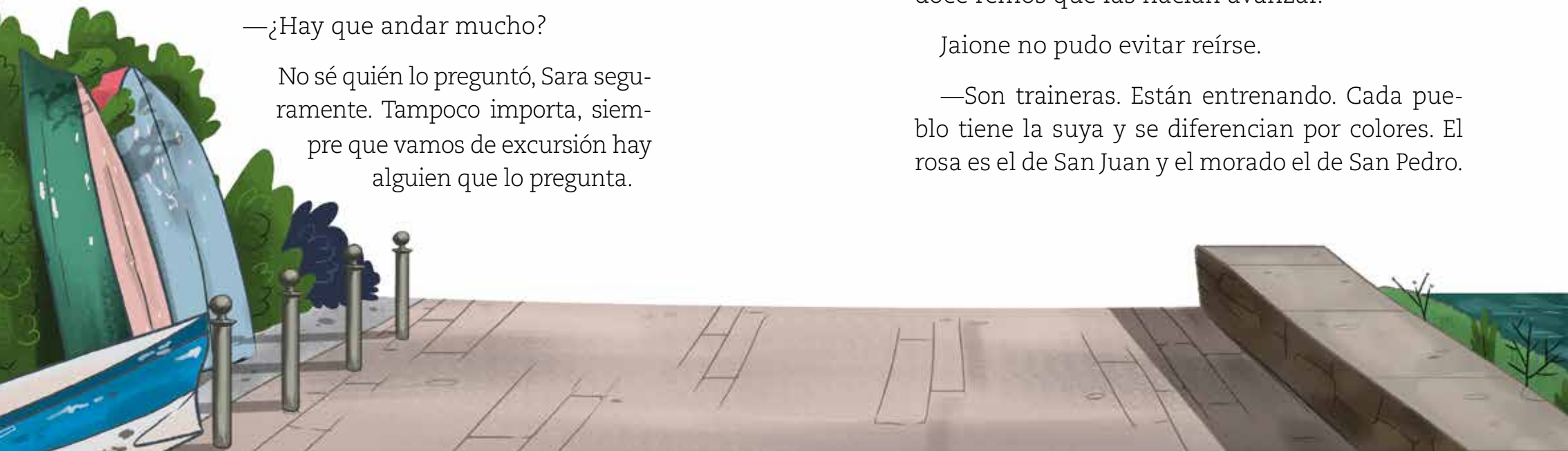
—¿Por qué unos van de rosa y otros de morado? —preguntó Ainara señalando al agua.

Corrí a su lado y eché un vistazo. Dos embarcaciones largas y estrechas pasaban a nuestro lado.

—Parecen ciempiés —dije al fijarme en los doce remos que las hacían avanzar.

Jaione no pudo evitar reírse.

—Son traineras. Están entrenando. Cada pueblo tiene la suya y se diferencian por colores. El rosa es el de San Juan y el morado el de San Pedro.



—¿También hay traineras amarillas? —preguntó Erik. ¿A que no conocéis a nadie más cuyo color preferido sea el amarillo?

—¿Y azules?

—¿Y...?

Jaione volvió a reírse.

—Claro. De todos los colores.

—¿Y siempre son chicas las que reman? —quiso saber Ainara.

—No. A veces chicas, como en estas dos, y a veces chicos —aclaró la profesora—. ¿Sabéis cuál es el origen de las regatas de traineras?

Todos dijimos que no con la cabeza.

—Tiene que ver con las ballenas —comenzó a explicar la profesora—. Hace muchos años, cuando todavía quedaban ballenas en la costa vasca, todos los pueblos querían cazarlas. Quienes lo conseguían no pasaban hambre en una buena temporada.





—¿Y eso qué tiene que ver con las traineras de colores? —la interrumpió Erik. Le tiré de la capucha para hacerle callar. Siempre tan impaciente, como cuando le leo algún libro y no para de preguntarme cosas.

Una gaviota, que nos espiaba desde el palo mayor, empezó a graznar. Parecía que se burlaba de él. Erik la miró con gesto desconfiado y se puso la capucha. La última vez que estuvimos cerca del mar una se le cagó en la cabeza. Fue en Urdaibai. ¿Os acordáis?

Jaione continuó con su explicación:

—En cuanto una ballena aparecía cerca de la costa, los mejores remeros de cada pueblo se embarcaban en las traineras. Remaban tan rápido como podían porque solo habría un ganador. Los primeros que conseguían clavar un arpón al animal eran los que se llevaban la mejor parte al repartir la ballena.

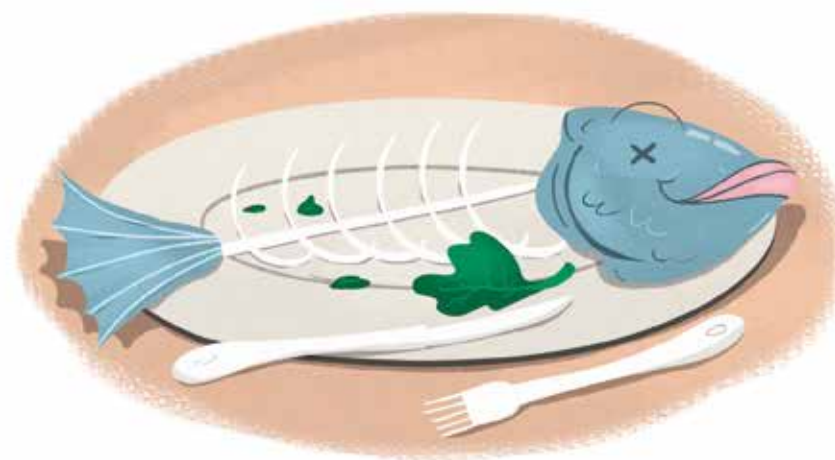
—¿Y qué hacían con las ballenas, se las comían? —preguntó Ainara.

—Claro, ¿qué haces tú con el pescado? —le dijo Sara.

—Discutir.

—¿Discutes con el pescado?

—No... Con mis padres, que quieren que me lo coma y a mí no me gusta.



Esta vez sí que nos partimos de risa.

Aimar señaló las traineras. La rosa iba un poco por delante, pero la morada enseguida la alcanzó.

—¿Y ellas también van a cazar ballenas? —preguntó señalando a las chicas que remaban.

Jaione puso cara triste.

—No. Ya no quedan ballenas por aquí. La última la cazaron hace mucho tiempo. Por eso nues-



tros antepasados construyeron barcos como este —explicó deteniéndose ante un galeón.

Nos quedamos con la boca abierta. Era igualito a los de las películas de piratas.

—¡Es gigante!

—¡Y muy chulo!

—¿Y para qué querían barcos tan grandes?

—Para ir muy lejos. Hasta Canadá, al otro lado del Atlántico, en busca de las ballenas —añadió un hombre de barba corta y ojos azules que se acercó a nosotros. Llevaba una txapela negra y un impermeable amarillo, de esos que utilizan los pescadores—. Bienvenidos a Albaola. Soy Xabier, el capitán del galeón San Juan. Llevamos años construyéndolo y está casi listo para salir a navegar. ¿Me ayudáis a terminarlo?

Nos miramos unos a otros con la boca abierta. ¿De verdad podríamos ayudar a construir un barco tan alucinante?

—¡Claro que sí! —creo que lo dijimos todos al mismo tiempo.

Xabier asintió con gesto feliz.

—Venga pues, no perdamos tiempo. Si terminamos pronto podremos salir a navegar.

Erik y yo nos miramos con la boca abierta.

¿A navegar?

¿De verdad?

¡Menuda excursión más genial nos había preparado Jaione!

A Erik y algunos más les tocó untar la madera con alquitrán. Tenían unas espátulas y un cubo con un líquido espeso y negro que olía muy fuerte. No parecía el trabajo más divertido, aunque Xabier dijo que era el más importante. Gracias al alquitrán el agua no entraría en el barco y

no se me ocurre nada más importante que eso cuando estás en mitad del océano. ¿A que a vosotros tampoco?

Sara, Aimar y algunos otros ayudaron con las velas. Eran muy grandes.

—Es tan grande como la sábana de Basajaun —dijo Sara sacudiendo la mano.

—¡Qué va! Es tan grande como la de una familia entera de gentiles —le corrigió Aimar.





¿Y quién falta? Yo, claro. A mí me tocó con Ainara. Teníamos que ayudar a Xabier con los cabos. ¿Sabéis que en el mar a una cuerda se le llama cabo? Había que atarlos a los mástiles, que son los palos que sostienen las velas, y de ahí a la cubierta. ¡Menudo lío de cuerdas!

—Hay seis kilómetros de sogas en un barco como este. Menos mal que tenemos este plano para saber dónde hay que ponerlas —anunció Xabier enseñándonos un papel enrollado—. ¡Oh, no, el plano! ¡Que alguien lo coja!

Una ráfaga de viento se lo había arrancado de las manos. Volaba de un lado para otro, como si quisiera burlarse de nosotros. Cada vez que alguno intentaba atraparlo se le escapaba. Y sin él no seríamos capaces de terminar el galeón.

—¡Es tuyo, Erik! —grité al ver que el mapa chocaba contra la cara de mi hermano.

El viento fue de nuevo el más rápido. Antes de que Erik pudiera cogerlo, el plano volvió a emprender el vuelo.

—¡Que no caiga al agua! —advirtió el capitán.

Demasiado tarde, el papel salió volando por

la borda y fue a parar al mar. Menuda cara de tontos se nos quedó a todos al verlo flotando entre gaviotas que graznaban enfadadas. Parecía que se reían. Siempre están igual, vaya pájaros más antipáticos.

—¿Y ahora qué haremos? —pregunté mirando toda la soga que quedaba por colocar en los mástiles.

—No os preocupéis. —Era Ainara. Se había quitado la ropa y llevaba el bañador puesto. Jaione intentó impedirle que saltara, pero nuestra amiga se zambulló en el mar.

Todos nos quedamos en silencio, conteniendo la respiración. Xabier corrió a por un salvavidas y se lo lanzó. Ainara pasó de largo. Es la mejor nadando. En verano, cuando vamos a la playa, siempre es la que nada más rápido y aguanta más tiempo sin cansarse.

—¡Lo tengo! —exclamó mostrándonos el plano.



El aplauso duró poco, porque enseguida tuvimos que lanzarle un cabo para que pudiera regresar a bordo.

—Lo que has hecho es una locura. Menudo susto me has dado. ¿Cómo se te ocurre tirarte al mar? Esto no es una playa, cubre demasiado —le regañó Jaione mientras le entregaba una toalla.

—¿Estaba fría? —le preguntó alguien.

—Helada.



El capitán cogió el plano y lo desenrolló encima de una mesa. Lo estudió con gesto concentrado y después asintió.

—Creo que lo has salvado. Algunos dibujos se han borrado un poco, pero todavía se ven —dijo Xabier apoyándole las manos en los hombros a Ainara—. Has sido muy valiente. Muchas gracias.

—Oh, no es nada... Me gusta mucho nadar.

—¿Cómo se hace para entender estos dibujos? —quiso saber Erik. Pasaba el dedo por el plano, recorriendo los cientos de rayas que lo formaban.

Xabier se rio.

—Es complicado. Mira, todo esto de aquí son piezas de madera. Para construir un galeón como el San Juan se necesitan más de doscientos robles.

—¿De verdad? —preguntamos varios de nosotros a la vez—. ¿Habéis cortado tantos árboles?

El capitán se dio cuenta de nuestro tono disgustado y quiso calmarnos:

—Son robles que fueron plantados hace muchos años para construir barcos como este. Sus



ramas se dirigieron hacia un lado u otro para conseguir formas especiales. Me gustaría que pudierais venir algún día al bosque a ver cómo los elegimos. Y después, por cada árbol que nos llevamos, plantamos varios. Así garantizamos el futuro del bosque.

—¡Sí! ¿Podremos ir, Jaione?

—Por favor, Jaione...

De repente estábamos todos hablando al mismo tiempo, como siempre.

La gaviota que nos espiaba desde uno de los mástiles echó a volar entre graznidos enfadados. No le gustaba que hubiera tanto ruido en el barco. Mientras volaba dejó caer una caca. Todos nos giramos hacia Erik.

—¿Creíais que se cagaría en mi cabeza, eh? —se burló mi hermano.

Él también lo temía, porque se había cubierto el pelo con las manos por si acaso.

Esta vez tuvo suerte porque fue a caer a su lado. Se libró por los pelos.



## PROBLEMAS

—¿Estáis listos para zarpar? —Xabier se había subido al palo mayor y nos hablaba desde allí arriba. Se le veía pequeño a tanta altura.

—¡Sííí!

Me giré hacia los demás. Me pareció que muchos no habían abierto la boca.

—Iremos hasta Zumaia. Ya veréis qué acantilados más bonitos hay por allí —anunció Xabier.

—¿Y veremos peces?

—¿Y pulpos?

—¿Y cangrejos?

—¿Y...?

Xabier no contestó. Solo se echó a reír. Le ha-